—Muy bien me parecen las décimas disparatadas donde se riciculizan los disparates de algunos pedantes escritores; pero prosigamos nuestro testamento.

—Dictad que ya espero.

—Iten. Dejo una multitud de boticas donde el hombre juega el último albur de su vida, y donde un *quid pro quod* del boticario, puede ser la sentencia de muerte del paciente.

—Ya que habeis tocado ese punto, quiero, señor gallo, que oigais la sátira que tengo dedicada á los boticarios, porque tal vez será bueno que conste en vuestro testamento.

—Empieza á leerla que ya te escucho; pero abre un nuevo capítulo para ella.

—Corriente.

CAPITULO XV.

EL BOTICARIO.

Donde verá el lector que una botica es una mina en bonanza tan productiva como un destino de vista de aduana marítima, y que los peligros que corre su vida desde que cae enfermo, solo son comparables con los que corre su bolsillo con tantas contribaciones, y con tantos cofrades de San Dimas, antes de que fuera santo, que andan de noche por esas calles de Dios desnudando al vestido.

Todo bien suele traér detrás de sí otro bien; así como todo mal suele traer otro mal, salvo aquellas escepcio-

nes en que suele suceder lo contrario. El amar, por ejemplo, es un bien; pero los celos que generalmente suelen seguir al amor, son capaces de acabar con la vida del hombre mas robusto. Las enfermedas suelen ser un mal; pero los médicos son un bien con que recobra el enfermo la salud... eterna. Las boticas son un bien; pero los boticarios son.... los que me han dado asunto para escribir el presente artículo; artículo que no hubiera podido escribir si no fuera por ese privilegio esclusivo que tenemos los poetas de ver todo cuanto pasa en lo mas oculto de las casas; pues de otro modo no fuera posible descubrir los secretos de que los boticarios se valen para enriquecerse en un momento con los brevajes, pócimas y ceratos con que ayudan á los médicos á aliviar al prójimo de los *duros pesos* que siempre los médicos saben encontrar en todos los enfermos. Y mucho menos hubiera podido descubrír sus secretos en ese dia, porque estaba yo algo constipado, y no podia por lo mismo andar en la calle.

Dirigí, pues, mi vista hácia una de las principales boticas: y me puse á examinar los dorados rótulos de las brillantes redomas, botes y pomos de finísima loza que, puestos con la mayor simetria, daban una vista hermosísima á aquella *secretaría de la muerte* que estaba llena de personas que iban á comprar, á *peso de plata*, el visto bueno del boticario, para que el enfermo fuera á la eternidad con todos los requisitos que se han hecho ya indispensables en el ilustrado siglo en que vivimos; alcé los ojos para leer lo que los letreros de los botes decian, y ví en hermosas letras: *ungüenti duplicis hydrargiri* [ungüento doble de Mercurio], *clhorureti sodium* [sal de la mar], *hydroleo* [aceite de almendras con agua], *camphora* [alcanfor], *cecalis cornuti* [cuernecillo de centeno], *rey-palmatis* [ruibarbo], *saponis medicinales* [jabon medicinal], *tintura quininae* [aguardiente con quinina], y

otra porcion de letreros puestos en latin, para que no los entendieran los profanos, con lo cual se consigue dar mas mérito á las medicinas, y reputacion y *dineros* á los dignos émulos de Esculapio.

Admirado de ver el número de gente que en tropel acudia á comprar lo que dentro de aquellos botes habia, y deseoso por otra parte de saber cómo confeccionaban los farmacéuticos tantas medicinas para toda clase de enfermedades conocidas y por conocer, abrí una gran puerta en que se leian estas palabras *elaboratio medicaminun*, y me introduje en la trastienda, en donde ví algunos mozos ocupados en hacer lo que un hábil dependiente les decia. Agua destilada de laurel cereza, gritaba; y el mozo ponia aquella agua en un bote, al cual le ponia el dependiente este rótulo, *destillatae lauro cerezae*. Agua de véjeto: el mozo llenaba otro bote de agua, al cual el dependiente ponia, *aqua acetatis plumbi*. Agua de hojas de rosa: el mozo volvia á llenar otro bote, y el dependiente colocaba este rótulo, *aqua rossarum*.

¡Vaya! esclamé al ver que el gran secreto de la farmacia era el agua, y al descubrir á pocos pasos de los elaboradores de las medicinas, un gran pozo de donde otro criado se ocupaba en sacar el *sorbete de ranas* que abastecia aquella *maestranza*, ó *arsenal*; que bien dicen que un boticario no necesita para enriquecerse, sino manteca y agua; y al esclamar así me acordé de la siguiente anécdota, que yo, sin lincencia del que la inventó, quiero contarla en verso, por satisfacer los deseos de.. mi persona, á la cual amé, amo y amaré toda mi vida, como á mí mismo.

Vuestra botica se ardió,
Dijeron á un boticario,

Y nada en ella quedó:
Y él con susto estraordinario
Dijo, ¿y el pozo?—Ese no.
Y ya recobrando el gozo
Que hubo con el susto huído,
Esclamó con alborozo,
¡Vaya! nada se ha perdido
Sino se ha quemado el pozo.

Al lado de tanto aguador *latino*, estaban otros, que ya habian ascendido á la seccion de *artillería*, haciendo *balas de cañon*, que así pueden considerarse las píldoras: otros machacando, ó atacando en el mortero, cosas que, con decir que estaban en el *mortero*, ya se deja entender que sorian tan saludacles como *bombas* de á siete pulgadas; algunos confeccionando purgas para enviar al *Purgatorio* á algunos; y otros en fin manejando la espátula, que es como si dijéramos una *espada* de dos filos, que no deja á vida á ninguno de los que coge debajo.

Al ver tantos instrumentos de muerte destinados para dar vida..... eterna al que la quiere temporal, no pude menos de convenir en que lo mas malo, seria tener por enemigo á un boticario, y ví con cuánta verdad está escrito este versito:

¡Que haya hombre tan temerario
Que habiendo ópio y rejalgar
Se atreviera á provocar
La furia de un boticario!

Sin embargo, animado por el deseo de aprender, y sobre todo de contar, me acerqué á este grupo de *artilleros*, para ver los medios de que se valian para batir al

prójimo, es decir, acabar con las enfermedades del prójimo; y ví las siguientes preparaciones tan sencillas como lucrativas, y tan lucrativas como ineficaces, con perdon se ha dicho del respetable Esculapio y sus dignos discípulos, á quienes en todo lo demás acato y venero con todo el respeto á que ellos se han hecho acreedores. En una azumbre de agua del pozo que á la mano tenian, echaron medio cuartillo de mal aguardiente, y un poquito de alcanfor que, todo junto, vendria á valer á lo sumo un real, y de aquí sacaron, para colocarlo en brillantes redomas, *agua alcanforada de la vida*, *aguardiente alcanforado* para la salud, y otra porcion de líquidos para no morir, que á pocos instantes ví vender á exhorbitante precio la onza. De una libra de corteza de encina, cuyo valor no escede de medio real, cocida en agua del espresado pozo, á que daban el estraño nombre de *agua de tanino*, ví que dividiéndola en varias porciones, y mezclándola con un poco de aguardiente (en la botica todo es agua bien ardiente ó bien fria) la bautizaban á una con el nombre de *tintura*, á otra, por solo haberla pulpado en el mortero y echarle unos pocos de polvos de goma, la convertian en píldoras *astringentes* ó de *estracto de tanino*, á otra mezclándola con azúcar, en *pastillas*, y á otra en fin echándole un poco de miel, la tornaban en *bolos antifebrifugos*, que le dejaban al dueño de la botica un 500 por 100, haciendo un cálculo bajo y concienzudo.

Allí ví que las llamadas *conservas*, *jaletinas*, *pastillas*, *sacharoleos*, *mellitis*, *jarabes* y *electuarios*, no son otra cosa sino agua con ezúcar; y que los llamados por los boticarios *Apostolés*, no son mas que estractos que predican las muertes hechas por los farmacéuticos, así como los *especides* no son otra cosa sino especies que especifican los varios métodos de que se valen para sangrar el bolsillo del prójimo.

Pero ¿quién duda que los nombres influyen poderosamente en el ánimo de las personas? ¿Quién por cobarde que sea, se asustará cuando le digan que un llamado D. Agapito trata de desafiarle, y no se conmueve, por valiente que sea, si le dicen que le busca, con miras hostiles, un D. Ricardo, un Guillermo ó un Leon? Pues lo mismo sucede con los nombres de las medicinas: si éstas no estuvieran envueltas en ese misterio que les dan las palabras latinas, el enfermo no tendria fé en ellas, y sin remedio se moriria; lo cual se evita con la sábia precaucion tomada por los boticarios para dar mérito á lo que venden, con provecho y utilidad general de.. ellos. ¿Qué efecto podria producir en un enfermo, una medicina que él supiera que era aceite con agua? Ninguno: pero que vea escrita *hydroleo hydrolatibo*, y al momento se curará con una fé tan grande, que ésta sola le volverá la salud. Por eso los farmacéuticos, conociendo, como ninguno, que un hombre estraño hace mejor efecto que la mas escelente medicina, llaman al vinagre *oreoleo, acetoleo, acetaloturo;* al aguardiente y aceite *linimento, eleolis, alcoleo;* y al cerato, *oleoceroleo, siparoides, eleoceroles*, con lo cual logran el alto fin de hacer indispensables sus brevajes, y de poner en contribuciones los bolsillos de todo prójimo. Breton de los Herreros, que conocia muy bien á los dignos émulos de Esculapio, y que sabia el enorme precio á que suelen vender sus aguas destiladas, pone en boca de uno de ellos estas palabras, hablando con un sobrino á quien ponderaba le mucho quo una botica producia.

Verás, verás como bogas
Al Sur, al Levante, al Norte,
Que ni entorchados ni tegas,
Nada prospera en la córte
Como el comercio de drogas.

Aunque un refran vulgar, y tan vulgar como malicioso y satírico que anda en boca de todos dice, *estudiante perdulario, boticario*, para demostrar sin duda que á los que á tal cosa se meten, es por no seguir la penosa y larga carrera de médico, es preciso confesar que esta es una sátira injusta como otras muchas contra los boticarios, si atendemos á que la farmacia no exige que el farmacéutico sea médico, y si no olvidamos que hay muchos boticarios que son escelentes médicos, como sucedia precisamente con el dueño de la botica que yo estaba examinando, el cual ganaba en recetar y en las recetas, siendo á la vez discípulo de Hipócrates y de Esculapio. ¡Y qué tesoro tan inagotable reune el que es médico y boticario á un tiempo! Buen cuidado tiene de recetar aquellas cosas que mas utilidad le dejan, y de encargar que las compren en su botica, en donde, segun él, son de mejor calidad las medicinas.

Acuérdome de una anécdota que con respecto á esto me contó un amigo, contrayéndose precisamente al mismo medico--boticario, cuya botica tan escrupulosamente observaba yo. Le habian llamado para que viera á un enfermo, y después de haberle hecho sacar la lengua y de pulsarlo, recetó una purga extraña que encargó que fueran á comprarla en su botica, y salió prometiendo volver al siguiente dia. El enfermo que vió la purga, y que no le pareció de lo mas á propósito para hospedarla en su estómago, iba echando, sin que lo observaran los de su familia, en el mueble que se suele colocar debajo de la cama, la dósis que le llevaban cada cuatro horas; y al dia siguiente cuando entró el médico-boticario, se admiró de verla casi enteramente bueno; y atribuyendo á la ciencia lo que era causa de la iaobedencia del enfermo, esclamó con satisfaccion. Ya veo que la purga que le mandé á usted, ha obrado como yo esperaba. Y haciendo luego que le enseñaran el mueble indispensable de que

ya hemos hablado para ver lo que habia despedido el estómago, esclamó asombrado de lo que veia. ¡Jesús! y qué cosas tan estrañas ha arrojado usted!....¿Qué hubiera sido de usted con tales materias dentro?....Sin duda que hubiera usted reventado?....—Pues precisamente por no reventar, respondió el enfermo, no quise tomar esas materias que no son otra cosa que la purga que usted me recetó para enviarme al purgatorio y que yo la arrojé ahí por inspiracion del ángel de mi guarda.

Esto no es decir, sin embargo, que la purga fuese mala, sino que el no tomarla fué mejor para el enfermo. Pero no aconsejaré yo á nadie que imite á éste declarado enemigo de las purgas, porque si nadie se medicinara ¿dónde iba á cabar tanta gente en el mundo, sobre todo, cómo habria ocupacion para tantos? No hay duda que mirando bajo el punto de vista económico, que es como en todo buen gobierno se deben de ver las cosas, las boticas son un bien para las naciones, siquiera por la limpia *projimal* que continuamente están haciendo, en obsequio de los que vamos quedando. Un descuido, una receta mal entendida ó mal despachada, es nada menos que un pasaporte que da el boticario para el otro mundo para bien y provecho de algun prójimo que deseaba la muerte de aquel, con el santo fin de conseguir el empleo que él tenia y de considerarle en el reino de los cielos. Pero á propósito de equivocaciones en el despacho de las recetas. Acuérdome, y esto paso en Londres, por lo cual espero que no se enojarán los boticarios de acá, acuérdome, digo, que un farmacéutico de nota despachó en vez de jarabe de hipecacuana jarabe de ópio, que produce un efecto contrario, con lo cual el enfermo durmió el largo sueño de la muerte; y á los pocos dias en otra bebida que el médico recetó para un colérico, y en la cual mandaba éter, ópio y cocimiento de yerbabuena, equivocó el boticario lo primero, y echando en ves de

éter, amoniaco, que descompone el opio, el paciente se fué á descansar hasta el dia del juicio á la tumba, contándole todos como víctima de la epidemia y no del boticario.

Pero lo que llamaba mas particularmente mi atencion, era la prontitud con que los dependientes leian y despachaban todas las recetas, sin que jamas dijeran, *no hay de esto;* cosa que parece imposible, pues no existe en el mundo ni tienda de telas que no carezca de algun género para vestidos, ni vinatería donde haya de toda clase de licores, ni giro alguno que no se encuentre sin algo de lo que el comprador busca; sucediendo todo lo contrario en la mas insignificante botica, donde se halla cuanto es necesario para la salud del enfermo y pide el médico. Deseando averiguar la verdad de esto, fijé la vista en las recetas, y con sorpresa ví que no siempre habia lo que la receta ordenaba, sino que echaban mano los boticarios de algun *quid pro quod*, esto es, de algun equivalente, para no decir *no hay*, con lo cual iba muy satisfecho el comprador, aunque de aquel *quid pro quod* resultara la vida.... eterna del enfermo, con perjuicio de la reputacion del émulo de Hipócrates.

Por supuesto que no me pareció recurso muy bueno el de valerse de equivalentes, porque estos en nada pueden tener la eficacia de los remedios que el médico ordena. Y si no ¿qué les pareceria á los farmacéuticos, si la cocinera, no teniendo manteca, echara mano, para guisar, de un pedazo de sebo, como un equivalente de aquella? Renegarian del *quid pro quod*, del guisado y de la cocinera, porque dirian que el sebo, además de dar mal gusto á la comida, no podia ser tan saludable para el estómago, como la manteca.

¡Pobres enfermos! El médico se impone á medias de la enfermedad que padecen; les pulsan á prisa, les

recetan á galope; y el boticario ve con la velocidad del relámpago, la receta; despacha por telégrafo; y fácilmente leyendo, como leyó uno, por *polvos de creta*, como pedia el facultativo, *polvos de grieta*, despachó al infeliz paciente á la *difunteria*, sin permiso del médico que se quedó asombrado del poder del farmacéutico.

Por estos casos y por otros que entonces ví y he seguido viendo después, me he llegado á persuadir de que cuando invade una epidemia alguna poblacion, se debia poner en el catálogo de los muertos, una quinta parte del número como víctimas del mal, dos quintas partes, debidas á los *yerros de los médicos*, y las otras dos quintas, á los descuidos de los émulos de Esculapio, vulgo, boticarios. De manera, que así como los enemigos del alma son tres, *mundo, demonio y carne*, los enemigos de nuestra salud son tambien tres, enfermedades, médicos y boticarios. Y no se dispongan, sin haber oido las razones que tenga para hablar así, á desafiarme á bisturi ó á píldoras.

Al expresarme de esta manera, me fundo en que los médicos y boticarios son enemigos de nuestra salud, porque si no hubiera enfermos, ¿cómo podrian vivir ellos, ni gastar las lujosas carrozas que hoy lucen? El zapatero quiere que á sus parroquianos se le rompan pronto las botas, el sastre que á los suyos no les dure el vestido, el librero que á los lectores se les extravíen las obras, el barbero que le mortifique la barba á todo el mundo, el abogado que todo el género humano esté en pleitos; y por la misma razon el médico y el boticario, que nadie tenga salud completa; y de aquí seguramente nace esa fraternidad que entre Galenos y Esculapios reina constantemente.

No hay duda ninguna en que la confianza con que los médicos tratan á los boticarios, es una prueba de la buena armonía que entre ellos reina, y la mutua correspondencia de sus corazones en desplumar al prójimo. El médico pone en latin al principio de sus recetas *Recipe*, aunque siempre en abreviatura para que no lo entiendan los profanos, Rp: esto es, *recibe*, tuteando, como vemos, á su digno amigo, al decir que reciba el importe de lo que valen los brevajes recetados, poniendo el pasaporte ó *pase* del individuo para la eternidad, que es el requisito indispensable de las ceremonias con que sale de este mundo para el otro, todo aquel que ha heredado la terrible indigestion que contrajo nuestro goloso padre Adan por haber comido una sola manzana; indigestion que no han podido curarla ni todas las purgas de cuantas boticas hay en el mundo, no obstante ser tan conocido el orígen del mal de cuantos médicos y boticarios hay; lo cual prueba que todo lo pueden los émulos de Hipócrates y de Esculapio, menos.... sanar á las enfermos.

Aunque nadie ha podido averiguar hasta ahora [al menos que yo lo sepa] cual fué el primer boticario que preparó emplastos, jaropes y drogas, y como quiera que este es un punto interesante para todos los curiosos, y sobre todo para mí que no quiero faltar á la urbanidad debida á los boticarios, dejando pasar por alto el antiguo orígen de los que se dedican á la noble ciencia de la farmacia, procuraré manifestar de una manera clara y sencilla mi opinion sobre este punto.

Si atendemos, como es un deber para encontrar la verdad, al animal que ostenta el escudo de armas, digámoslo así, de los émulos de Esculapio, veremos que es una serpiente la alegoría de los farmacéuticos; y todos sabemos que, en la serpiente, simbolizan las santas escrituras al demonio que tentó y que hizo pecar á Eva, dándola por medicina eficaz, para que recobrara todas sus facultades y potencias con que tuviera tanto poder como Dios, aquella funesta manzana de fatal trascendencia,

que tantos males ha causado á la humanidad. Partiendo, pues, de este punto infalible, nos vemos precisados á confesar que el primer boticario fué Lucifer, y que la primer medicina que produjo la muerte del hombre, fué una manzana.

No quiero decir con esto que porque hayan cogido por enseña al Diablo en figura de serpiente los boticarios, sean ellos diablos, no; hasta ahora confieso francamente que no me han hecho daño alguno, seguramente porque aun no he necesitado de sus medicinas: de suerte que yo solo tengo motivos para quererlos como á.... prójimos, así como no dudo de que ellos me querrán, siquiera por el largo estudio que he tenido que hacer para llegar á descubrir que el primer boticario del mundo fué un alto personaje, nada menos que un príncipe, al cual han dado mas súbditos con sus pócimas, que Neron, que Bonaparte y Attila.

—¿Acaba ahí el capítulo del boticario?

—Sí, señor gallo.

—Pues no me parece mal, porque es cierto cuanto de los farmacéuticos has dicho: los rótulos en latin son el antifaz que dan valor á la agua, hoy que todos se disfrazan para pasar por lo que no son.

—Ya que habeis tocado el punto de los disfraces, quiero que escucheis un artículo que sobre este particular tengo escrito.

—Ya te escucho.

CAPITULO XVI.

UNA NOCHE DE MASCARAS.

Donde verá el lector que este mundo no es sino un baile de máscaras dande todos andan disfrazados.

—Estos dias de Carnaval son de cosecha para el demonio: decia D. Caralampio Sacristia, á su esposa Doña Rosario Camándulas. ¡De cuántos medios se vale este enemigo sagaz para pervertir las almas!.... Esa careta da libertad al hombre mas tímido; y la jóven mas recatada, persuadida de que nadie la conoce con ella, tras-